

CAUTIVO DE TUS OJOS

Me gusta este cautiverio. Las pocas veces que pensaba en esta palabra, la de cautiverio, me imaginaba barrotes, frialdad, suciedad, golpes, promiscuidad. He leído muchos libros de gente que sufrió o murió cautiva. Entre ellos Los Tres Mosqueteros, el Prisionero de Zenda, la Máscara de Hierro, María Antonieta y tantos otros.

Lo que me sucede es otra cosa. Ser o estar cautivo de tus ojos es un placer que va más allá de todo lo que pueda imaginarme. Me cautivaron desde la primera vez que los vi. ¿Eran cafés o amarillos? Después confirmé que eran color miel, miel de la pura, no de la que producen en cantidades para venderla en mayoreo. Las rejas de esta cárcel son tus largas y brillantes pestañas. Jamás podré escapar, lo sé y lo disfruto.

Al estar prisionero en tus ojos tengo por fuerza que ver lo mismo que tú ves: el amanecer, las flores, el campo, las aves, el mar. Miradas llenas de gusto, de alegría, de compasión para los que sufren, de amor para la humanidad. Repito que soy feliz. Me encanta cómo ves a los niños, a tu familia, a las frutas y la piedras de los ríos.

¿Pero qué tanto miras el excusado? No seas puerca. Ya jala la cadena. Ni que tus porquerías fueran una obra de arte. Son cafés como todas. Te digo que jales la cadena. ¿Qué es eso que traes en la mano y ves con tanto cuidado? Esa toalla está llena de sangre, cochina, ya títala a la basura y por favor ya sal del baño.

¿Ahora qué? ¿Tenemos que estar viendo mil veces las mismas bolsas, los mismos brasieres, las mismas botas, los mismos pañuelos? Decídetes por uno pero ya no me hagas estar tantas horas en este tienda que me asfixia. Esta blusa azul te va a quedar bien, cómprala y ya vámonos por compasión. No, no es posible estar frente al espejo tanto tiempo. ¿Qué tanto te ves? Ni yo que te miraba tan fijamente me había dado cuenta de esas arrugas, de

ese grano que tratas de tapar con maquillaje, de que no tienes cejas, que te las pintas; que las famosas pestañas gigantes tan admiradas por mí no son tuyas, que tienes un puente dental. No me hagas sufrir tanto.

¡Esto sí que no!, he aguantado que veas mil cosas desagradables, que me hayas dejado verte como eres en realidad, pero, repito, esto no, mil veces no. Bien te ha de remorder la conciencia que lo haces a escondidas. Ya no mires tanto esta revista de hombres encuerados. ¡Maldita! Ahora les pasas tus dedos acariciándoles...¡ahí!

¡No, no quiero ser ni un minuto más cautivo de tus ojos! ¡Dame la libertad!

¡Please! ¡Please!

Tomás Urtusástegui

Nov 2010